

OFICINA DE TURISMO VALLE DEL JERTE

La pulpa de la cereza del Jerte, firme y crujiente, tiene un color rojo y jugo rojizo.

VALLE DEL JERTE

El renacer de los cerezos

La primavera se hace notar de una manera muy especial en el cacereño valle del Jerte cuando se produce un espectáculo natural que tiñe de blanco los campos y pueblos de región: la floración del cerezo.



SERGIO PRIETO

LA floración de los cerezos del valle del Jerte es algo más que un acontecimiento biológico, un periodo temporal o una tradición: es una experiencia vital. El cerezo en flor rememora el rito de la regeneración anual de la naturaleza y crea la impresión de que un invierno sideral desembarca en plena primavera.

El milagro de la floración, auténtica explosión de júbilo y de pétalos, tiene lugar en las laderas del valle regado por el río Jerte, surcado por innumerables gargantas donde reina un clima suave y frondosa vegetación. Sobre la hermosura y feracidad del valle se ha ido tejiendo una apretada leyenda que hunde sus raíces en la helenización.

Se atribuye a los griegos, aunque sin base científica alguna, haber bautizado esta prodigiosa hendidura tectónica como «valle del gozo», expresión que hizo fortuna desde que la utilizara Alonso Fernández, cronista placentino del XVII, y con el paso del tiempo se ha convertido en un lugar común en cualquier alusión al Jerte.

Este valle está especialmente indicado para quien disfruta descubriendo a su aire las sorpresas del paisaje como el salto de una trucha que remonta la corriente en los Pilones o la seta jugosa que esconde el robledal al vagar los por umbrosos senderos que serpentean a la falda de las montañas.

Es entre las estribaciones de la sierra de Gredos y la ciudad de Plasencia donde se encuentra la comarca del valle del Jerte y, más concretamente, entre los montes de Tras la Sierra y la sierra de Tormantos cuyas cumbres superan los mil metros de altitud.

Históricamente, el valle ha sido el paso natural de Extremadura a Castilla y, por lo tanto, tierra de trashumancia: todavía se emplea el Camino Real para conducir al ganado en su viaje a los pastos de verano. Sus características geográficas ofrecen unas condiciones óptimas para el cultivo de árboles frutales, fundamentalmente del cerezo, que se erige como estandarte y símbolo del valle: centenares de miles se apoderan de los bancales jerteños en el mes de marzo.

> «HISTÓRICAMENTE, EL VALLE HA SIDO EL PASO NATURAL DE EXTREMADURA A CASTILLA Y, POR LO TANTO, TIERRA DE TRASHUMANCIA».

Este microclima confiere a la zona unas características muy especiales que permiten que el cultivo del cerezo se produzca en unas condiciones tan singulares que otorgan al Jerte el privilegio de producir cerezas de muy alta calidad, así como un amplio calendario de recogida, desde variedades muy tempranas hasta otras muy tardías, siempre de frutos exquisitos y apreciados.

Cuando uno se decide a visitar el Jerte desde la meseta castellana, se empieza la ruta en el Puerto de Tornavacas, en lo más alto del valle, donde nace el río que le da nombre. La primera población que se visita es Tornavacas, cuyo municipio hace frontera con Ávila. Con su medio millar escaso de habitantes y sus 871 metros de altitud, posee una larga calle principal que se divide en tres tramos: Real de Arriba, Real de en medio y Real de Abajo, unidos por dos puentes, el Cimero (medieval) y la Puentecilla, con un templete dieciochesco. Posee un buen abanico de casas solariegas y una iglesia parroquial de estilo barroco.

La siguiente localidad que cruza la gran arteria N-110, paralela al río y al valle es Jerte, asentado en la confluencia de la garganta de Los Papuos con el río de su mismo nombre. En el siglo XVII fue señorío de los Condes de Oropesa, dos siglos después fue incendiada por los franceses y de nuevo reconstruida. En ella estacan algunos edificios de nobles sillares